

El hombre sin sombra

Manuel León Mejías

El hombre sin sombra

SEPTEN EDICIONES

Breve Relato de lo acontecido a un probo funcionario en la ciudad de Sevilla. Año 1989

Los Personajes y hechos de esta novela, son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Siempre hubo, hay, y habrá, situaciones kafkianas.

El autor.

I

POR CULPA DE UN RESFRIADO

Ambrosio Letán Fuentes, es funcionario administrativo de la Diputación de Sevilla. Cuenta cincuenta años recién cumplidos. De carácter tímido, muy delgado y de buena estatura: en el colegio, había pertenecido al equipo de baloncesto. Tenía no obstante una personalidad plana. Es decir nada que destacar en su trayectoria personal.

A los veinticinco años se había enamorado locamente, aún lo estaba, de Amparo Fernández Turmos, su mujer. No tenían hijos. Fuera del matrimonio no se le conocían aventurillas... era cofrade de la fidelidad. Nunca le tentó la idea esa de una canita al aire. Ni durante su noviazgo ni por supuesto en su vida conyugal. Bueno, había que escarbar profundo en su pasado para encontrar dos intentos de... practicar el himeneo. El primero, cuando apenas tenía diecisiete años. A trancas y barrancas había terminado el Bachillerato Superior. Descartó totalmente la posibilidad de ingresar en la Universidad. Vivía con sus padres en la calle San Luis, allá por el barrio de la Macarena. Era sábado y regresaba a casa después de haber celebrado un guateque en casa de una de las chicas de la pandilla.

Serían las once y media de la noche y hacía bastante frío. Apenas nadie por la calle. Al atravesar el Arco de la Macarena, una mujer de unos cuarenta años lo llamó:

—¡Niño! ¿Quieres un alivio *pa* el pijo? —cosas de la juventud. Tras preguntar el precio del «trabajo» —Cien pesetas, macho —aceptó.

La mujer se cobijó en una esquina del Arco, donde apenas había luz. Cogió con su mano derecha el billete que le había entregado el joven, se puso en pompa y se subió la falda. No tenía bragas.

—¡Que frío!, ¡que frío! ¡Date prisa, chaval! —decía la pobre mujer.

Cuando la iba a embestir, ¡porronpon!, se le escapó a la mujer

un sonoro pedo, seguramente por la forzada postura. Se le desvanecieron sus instintos sexuales. Le quitó de un zarpazo el billete de a cien que le había dado como pago de su «alivio», y salió corriendo calle San Luis abajo.

—¡Mamón!, ¡hijo de puta!, ¡devuélveme el dinero! —gritaba enfurecida la infeliz.

La otra tentativa ocurrió tiempo después. Contaba diecinueve años. Se estaba preparando en una academia para una oposición a funcionario. Allí, entre otros, conoció y se hizo amigo de Mauricio. Un chaval muy alegre y simpático, buen amigo pero, se le rascaba la cara y salía cemento armado. ¡Vaya caradura!

Pues bien, un día, comenzando la primavera, lo invitó a un piso. Dos chavalas de veintitantos años:

—¡Está buenísimas! Son de Jaén, viven solas y estudian tercero de Medicina —le decía el cara de Mauricio—. Sólo que tengo que convencerlas para que tú entres también en la fiesta. No te preocupes, ya sabes que con mi labia nada se me opone —le decía con orgullo.

Ambrosio estaba que no cabía en sí. ¡Por fin en una cama con una chavala! ¡desnudos los dos! ¡El paraíso!

El piso estaba en Triana, en la calle Alfarería. Serían las nueve de la noche cuando llegaron. En un balcón en la primera planta. La luz estaba encendida.

—¡Ahí están, Ambrosio! ¡Negocio seguro! Mientras les hablo de ti, llégate a la mitad de esta calle y, en una tienda de ultramarinos, compra dos *litronas*. ¡El jamón entra mejor con cerveza! —sentenció con una rijosa sonrisa Mauricio.

Ambrosio siempre fue un hombre dócil y obediente. Llegó a la pequeña tienda, donde, por cierto, le cobraron icien pesetas por cada botella!

—Todo sea por el sexo —se consoló.

Nuevamente debajo del balcón con un botellón en cada mano. Hacía fresco, y por la calle no pasaba ni un alma. Al rato, Mauricio que se asoma al balcón, y hace un movimiento con la mano apremiándole a entrar. ¡Entendido! Todo dispuesto para la bacanal. Sube las escaleras con un calor interior que le abrasaba. Nueva

espera. Suenan risas y música. Ambrosio se impacienta, pero no quiere llamar.

Oye, por fin, el cerrojo de la puerta que se descorre. Le pulsaban las sienes. Mauricio se asoma y coge las dos cervezas:

—Aún no están convencidas. Ten confianza en mí —le dijo y la cerró el muy...

Abandonó la calle Alfarería, atravesó el puente y se despidió de Triana y de la chica desnuda.

Lo que no sabía Ambrosio es que, pasados los años, le iba a ocurrir un fenómeno extraordinario. Es el que paso a contar en estas páginas.

Era lunes. 15 de octubre de 1989.

Estaba pasando una mañana de perros. Una pertinaz tos, encintada de escalofríos y acompañada de un malestar general le hizo pedir permiso en su trabajo y marcharse al médico. El diagnóstico, tras una radiografía de pecho, no dejaba lugar a dudas: un preclaro resfriado de armas tomar. Unos días de baja laboral, un total afincamiento en la cama y el consabido jarabe *antitusígeno*.

Su mujer, Amparo es su nombre, le ayudó solícita a desnudarse y meterse en la cama. Sólo almorzó un descafeinado con leche y unas galletas. A parte la prescripción médica, ella le propinó un gran vaso de leche calentita, una aspirina y una copita de coñac. —Remedio casero, remedio seguro —afirmó.

Amparo, era una mujer menuda. Muy linda. Hija única, no había estudiado más que hasta Cuarto de Bachiller en un distinguido colegio de monjas. Cuando pequeñita era muy graciosa. En las reuniones familiares, su madre le ponía un clavel en la cabeza y le hacía cantar por doña Concha Piquer

*Él vino en un barco,
de nombre extranjero...*

Ya mocita, ingresó en el coro del colegio. La verdad es que tenía una voz preciosa. Madre Jesusa del Desconsuelo, que era su directora, estaba entusiasmada con ella, alegría que aumentaba cuando el padre regalaba a la comunidad una caja con cho-

rizos, morcones, morcillas, etc. Éste, don Rafael Fernández Huesca, rico y conocido tratante de ganado a gran escala, se empeñó en que estudiase una carrera universitaria: Derecho.

Pero ella no quiso. A la madre, no le importaba. Estaba convencida de que su hija se iba a casar «por todo lo alto, con alguien importante». A los veinte años de edad, tuvo un novio. Polito Alcázar. Perteneía a una familia sevillana de postín. Pepa Turmos, este era el nombre y apellido de la madre, estaba encantada. Polito era un chico muy alegre, siempre muy perfumado, siempre muy bien vestido, siempre con mucho sueño, siempre sin un... toqueo amoroso.

Una amiga le abrió un día los ojos: a Polito lo veían muchas noches con un señor mayor, hasta altas horas de la madrugada, en una conocida sala de fiestas. El viejo era propietario de una cadena de tiendas de perfumería y cosmética. Total que, lógicamente, la pareja se separó. Polito —se ha enterado ella— tiene hoy un negocio de encajes en el barrio de San Bartolomé. Este desamor fue un duro varapalo para Pepa Turmos. Inmediatamente hizo una novena a San Arcadio de Lusitania, santo no muy conocido, pero sí muy milagrero.

—¡Otro novio de rica familia!,... pero, ¡que sea macho! —postulaba con fe.

Al padre le dio exactamente igual: se había muerto un año antes de un infarto masivo de miocardio. Dejó una saneadísima cuenta bancaria y dos pisos. Con veintidós años, Ambrosio se puso en su camino. No era rico, sólo un gris funcionario, pero:

—¡Era tan alto!, ¡tan viril!, ¡tan... soso! —decía Amparo.

Se hicieron novios. Pepa, por supuesto, dejó de confiar en San Arcadio de Lusitania: —¡De milagroso, nada! —se quejó con enjundia.

Ésta vivía en el barrio de Santa Cruz. Pero necesitaba cambiar de piso:

—En los Remedios, ¡nada! Allí está toda la izquierda de salón y, además, la mayoría ¡divorciados!

Quería vivir en la calle Dueñas, frontera al Palacio de la Duquesa de Alba: ¡ese era el sitio que le correspondía! El otro piso

de la calle Pastor y Landero se lo había dejado a su hija. Como se ve, el currículum personal de Amparo también era muy plano.

Ambrosio le pidió que le dejase la lámpara de la mesita de noche encendida para, a pesar de su malestar, leer un rato. Tomó el libro que últimamente estaba leyendo, y aunque su poder de concentración estaba bajo mínimos, se extasió con él. Era su tema favorito: hay que decir que se embelesaba con el barroco sevillano, el siglo XVII en general. El libro en cuestión era *Relación de la Cárcel de Sevilla*, de Cristóbal de Chaves.

Al cabo de cierto tiempo quedó relajadamente dormido. Amparo lo despertó para cenar: una tortillita a la francesa y un vaso de zumo; el jarabe y por supuesto el referido remedio casero. Continuó con el libro pero, nuevamente, el sueño lo rindió.

La luz del día le besó el rostro. Miró el despertador y vio que eran aproximadamente las diez de la mañana. Se incorporó, y tras tocarse la frente con la mano, notó la ausencia de fiebre e incluso un buen estado general. Sólo una tos pertinente le recordó que estaba de baja laboral. Amparo entró en la habitación para darle un sonoro beso después de decirle los buenos días. Le puso el termómetro: nada de fiebre.

—Has dormido como un lirón hijo y ¡hay que ver cómo has roncado! —le dijo alisándole el cabello.

Ambrosio tenía un hambre atroz. Le pidió un café con leche y una buena tostada con aceite y ajo, y se levantó para ir al baño.

—Ya que te has levantado date un afeitado, porque tienes con esa barba un aspecto deplorable —le espetó Amparo.

Ambrosio hizo delante del espejo lo que todos hacemos al levantarnos: observó su lengua, bajó la conjuntiva de sus ojos para comprobar su estado anémico, etc. Se pasó la mano por la cara y verdaderamente rascaba, pues era hombre de barba cerrada. El spray vomitó la névea espuma sobre su tez y con las dos manos la untó proporcionalmente por el cutis. Tras mojar con agua ligeramente la maquinilla de afeitar, comenzó ritualmente a rasurarse. Cuando iba por la tercera pasada, instintivamente, sin saber porqué, giró la cabeza hacia atrás y observó que no se reflejaba su sombra en la pared opuesta al espejo. Sin embargo no le dio importancia. Seguía afeitándose cuando, un nuevo

impulso le hizo de nuevo mirar hacia atrás y volvió a comprobar ique no tenía sombra!

—¡Es imposible, joder!

Se tundió la cara, se pellizcó el cuerpo en un claro intento de demostrarse que aún dormía, que estaba soñando. Necesitaba saber que seguía en brazos de Morfeo. Se quedó en un primer momento pensativo... o más bien extrañado. No. Desgraciadamente para él estaba pero que bien despierto, pues desde la cocina le llegaba el efluvio sabroso del pan tostándose.

Incontinenti, y sin mediar palabra, tomó de su habitación una linterna, la que normalmente se utilizaba entre otras cosas para los apagones de luz, y desconectó las dos bombillas que frisaban la parte superior del espejo. A oscuras, la encendió y, con desesperación, constató que después de poner la mano entre su luz y la pared, la sombra no aparecía. Estuvo a punto de desmayarse. Pasó inmediatamente al dormitorio, y a toda prisa, se vistió. En ese preciso instante Amparo le gritó desde la cocina que el desayuno estaba dispuesto. Con voz trémula le dijo que tenía que salir urgentemente a la calle. Se acababa de acordar de un asunto del que más tarde le hablaría: era vital

—¡Ambrosio! —gritó—, iuna cosa es estar enfermo y otra loco! ¿Se puede saber qué motivo es ese tan importante? —preguntó sorprendida Amparo.

Ante los asombrados ojos de su mujer, salió disparado hacia la calle sin terciar palabra. Estaba exhausto por el ataque de nervios que padecía. Pensó que antes de coger el coche, sería preciso tomarse una tila en el bar de abajo. Así lo hizo. El camarero, que lo conocía, se quedó perplejo al ver que, por mor del manifiesto temblor de las manos, le era casi imposible llevarse el borde del vaso a los labios.

—¿Le ocurre algo, don Ambrosio? —le inquirió preocupado.

—Nada de importancia Pepe. Es que tengo gripe y no me encuentro bien. Precisamente voy al médico.

El estado de ansiedad era tal que hasta se le olvidó pagar la consumición. Ya en la calle se subió al coche, lo puso en marcha y se dirigió a... ino sabía dónde ir ni con quién hablar!

—¡Me tomaran por loco!... ¡No me pueden tomar por loco! — se consolaba—, pues poseo la prueba: ¡no tengo sombra!

Inmediatamente se le vino a la memoria que el domingo habían quedado con unos amigos para ir al campo a comer sardinas asadas y chuletas de cerdo. En modo alguno podía asistir a esa reunión. ¡No, no podía ir! ¡Se darían cuenta de que no tenía sombra!

El coche circulaba sin destino. Un semáforo en rojo le permitió observar que en la esquina había una Comisaría de Policía. Aparcó como Dios le dio a entender y penetró diligentemente en la oficina policial. No estaba en sus cabales, se daba perfectamente cuenta. A lo mejor era una tontería, ¡pero con alguien tenía que hablar!

Un agente, tras preguntarle el motivo de su presencia, y al enterarse de que se trataba de una denuncia por pérdida, le indicó que se sentase en un banco dispuesto en la sala de espera y que enseguida le atenderían. No sabía concretamente porqué, pero la presencia del policía lo había tranquilizado. Sólo en la sala, miraba de reojo al agente que estaba apostado en el quicio de la puerta de entrada con un minúsculo transistor de radio adjuntado a su oreja.

De una puerta entreabierta, salía el monótono teclear de una máquina de escribir en plena faena. Al poco rato, le indicaron que pasara al despacho. Una mesa con un escueto calendario, un recipiente con bolígrafos y un teléfono lo separaba del agente de policía. En la pared, un retrato oficial del Rey. Después de unos secos y oficiosos «buenos días, usted dirá», Ambrosio le indicó el motivo de sus cuitas: venía a denunciar que...

—¡Un momento! —le interrumpió el policía—. Cargó la máquina con un papel oficial de denuncias y le preguntó su nombre, edad, dirección, y le pidió su DNI. Protocolizado el encabezamiento de la denuncia, le conminó a que dijese en qué consistía su reclamación. Ambrosio se quedó casi sin voz. Miró a un lado y otro del despacho y comprobó que, afortunadamente, estaban los dos solos. El policía lo miraba y tamborileaba con sus dedos los lados de la máquina de escribir, esperando que Ambrosio se decidiera a hablar.

—Vengo a denunciar que... —no le salían las palabras—... que he perdido o que me han robado...

—Que ha perdido o le han robado ¡¿qué?! —le interrumpió impaciente el oficial.

—¡La sombra!... ¡Mi sombra!... —respondió vacilante y temeroso.

El oficial, tras atizar un fuerte golpe con su mano derecha en la mesa, golpe que hizo caer al suelo el recipiente lleno de lápices y bolígrafos, le dijo con mucho malhumor:

—¿Sabe usted que hoy, precisamente hoy, me duelen los dedos de las manos de tanto escribir a máquina? Quiero decir, ¿no tiene algo más importante que denunciar?

Afligido, le pidió perdón y se excusó diciéndole que comprendía su enfado, pero la verdad era que había perdido la sombra:

—Comprendo que le parezca ridículo, sin embargo, ¿quiere usted, señor oficial, que se lo demuestre? —dijo con el rostro lívido.

—Demuéstreme sólo que se marcha de aquí ahora mismo. ¡Fuera, coño!

—Sí, sí señor. Ahora mismo me marchó —Ambrosio, no obstante el carácter del funcionario policial, comprendía bien lo absurdo de la situación.

—Váyase a denunciar su ridículo caso al único sitio donde es posible hacerlo: ¡al manicomio! ¡Largo y que no vuelva a verlo por aquí!, ¡gamberro! —ordenó furioso el policía.

Ambrosio salió disparado hacia fuera de la Comisaría de Policía, y tras recibir un escueto «adiós» del que estaba en la puerta, se montó en su coche y lo arrancó. Nuevamente circulando sin horizonte. Con mucho sigilo, y mirando que nadie lo observase, sacaba el brazo por la ventanilla de su automóvil y lo exponía al sol para comprobar su sombra: ¡no existía! Como una inspiración, se acordó de pronto de su amigo y en ciertas ocasiones confesor, el padre Juan Atienza.

—El no se reirá de mí y seguro que me dará una solución conveniente —se decía en un intento, otro más, de autotranquilizarse.

Se dirigió al convento de San Antonio de Padua, padres franciscanos, del barrio de San Vicente. Justo en la puerta del cenobio encontró un sitio libre, así que aparcó el coche. Después de identificarse e indicarle la necesidad de ver a fray Juan, un lego le hizo pasar a una acogedora salita, donde sería recibido. A los pocos minutos el fraile apareció con el habitual halo de bondad que le caracterizaba. Su sola presencia llenó de cierta paz el arrobado espíritu de Ambrosio. Se levantó rápidamente inclinándose para besar la mano que el cura le tendía. Tras invitarle a sentarse, fray Juan le preguntó por su mujer.

—Y a ti, querido Ambrosio ¿cómo te va?

El religioso había detectado al instante el estado de nerviosismo, aunque un poco más apaciguado, que presentaba. Al inquirirle si algún grave problema le sacudía el alma, éste afirmó con la cabeza gacha:

—Padre reconozco que mi caso no es muy corriente... especialísimo diría yo.

—Ambrosio —le recriminó el sacerdote—, hay que ser humilde hasta para confesar los pecados o problemas. Cada uno de nosotros pensamos siempre que nuestros malestares son los peores, los más grandes, los más importantes en definitiva. De manera y forma que, primero tranquilízate, y después muéstrame tus cuitas.

—Padre... no sé cómo empezar y... sin embargo... estoy deseando contárselo.

La cara de fray Juan comenzó levemente a mostrar rictus de preocupación ante el presunto problema de Ambrosio.

—Pero vamos a ver, hijo mío, ¿se trata de algún robo o prevaricación?, ¿una ruptura matrimonial acaso?... —los había casado años atrás—, ¡por qué no te veo como violador o asesino! —dijo el fraile irónicamente— De todas formas, cuéntamelo todo.

—No padre —en esta ocasión era él quien tranquilizaba al sacerdote—, no se trata de ningún pecado que esté inscrito en el Canon. Es, por lo menos para mí, algo peor: ¡he perdido la sombra! —esto último lo dijo con timidez y con incipientes lágrimas en los ojos—.

Fray Juan, grueso y de luengas y encanecidas barbas que le rozaban su prominente barriga, no pudo, a pesar de la grima de Ambrosio, abortar una sonora carcajada.

—¡Hombre de Dios! ¡Ambrosito! Me has tenido en un *trís* de provocarme un buen susto. ¿De manera que has perdido la sombra? —la pregunta del padre Juan estaba tintada de un evidente sarcasmo—. Hijo mío, permíteme una pregunta: yo sé que tú nunca has bebido alcohol, pero como hace tiempo que no nos vemos... ¿Sigues abstemio?

—Efectivamente padre —afirmó con seguridad Ambrosio.

—¿Sigues devorando libros sobre el siglo XVII y asistiendo a conferencias propincuas al tema?

—Sí padre —asintió Ambrosio—, pero la verdad no acabo de ver la relación...

—Por supuesto que no, criatura. No tiene ninguna relación la apetencia cultural tuya con esa pérdida de la sombra. Lo que sí tienes que saber, y te lo digo a título informativo, que un siglo o dos antes del XVII aparecieron legiones de alumbrados, inclusive beatas y monjas, que afirmaban rotundamente que el Leviatán, el demonio, les había arrebatado su sombra. Estos casos se dieron inclusive en el siglo de tus apetencias, el XVII.

—Bueno, eso fue consecuencia de la Reforma. Pero luego llegó la Contrarreforma —alegó Ambrosio.

—Sí, pero la Contrarreforma venció más que convenció, mi querido Ambrosio. Aquella brutalidad que se llamó Inquisición, y reconozco que los primeros inquisidores fueron mis hermanos franciscanos, bien que dio sangrienta cuenta de ello —decía el padre con intención de diluir su problema por la supuesta pérdida de sombra.

—De todas formas, padre Juan, mi caso no tiene nada que ver con iluminados ni alumbrados. Mi caso ha ocurrido hoy día, en pleno siglo veinte. ¡Y me ha tenido que tocar a mí! —se lamentó.

La habitación—recibidor donde charlaban era recoleta. Un cuadro de San Francisco quedaba iluminado por la tenue luz que entraba a través de un ventanuco. Una mesita con un crucifijo, un teléfono negro y varias sillas de madera con asiento de

anea, eran el único mobiliario. Precisamente la conversación que mantenía el sacerdote con Ambrosio quedó cortada por una llamada de teléfono.

El padre Juan lo descolgó y escuchó un recado. Con cierta prisa se dirigió a Ambrosio:

—Me vas a perdonar que interrumpa esta conversación, pero hoy tenemos Capítulo de la Orden. Me están esperando. De todas formas permíteme un consejo. Y sobre todo no te lo tomes a mal. De entrada te agradezco profundamente que hayas querido curar tu espíritu conmigo. Pero tú mismo lo has dicho: el problema no está en el Canon. Sólo te puedo invitar a que visites a ... un psiquiatra.

—¡Ya me lo temía yo...! —espetó desilusionado Ambrosio.

—No hijo mío. No quiero ni por asomo etiquetarte de lo que tú temes. No sé quien dijo que el sacerdote era el cuidador del alma y el psiquiatra del espíritu. Y es cierto. Quiero decirte, y con esto termino, que el hablar con un psiquiatra no es darte por loco. Simplemente que ciertos desarreglos mentales pueden imbuirte en estados no deseables. ¡No olvides llamarme con lo que te diga el médico! Y saluda a Amparo de mi parte. Dile que tengo ganas de verla. Adiós Ambrosio.

—Adiós padre Juan... —exclamó desalentado.

Otro lugar del que salía decepcionado, sin solución.